



Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Oviedo

Catequesis sobre los Misterios Luminosos del Santo Rosario Cuarto misterio: La Transfiguración del Señor

Santa Cueva de Covadonga, 23 de enero de 2003

¡Qué definitivo es para el hombre y para toda la humanidad, que cada uno de nosotros nos encontremos, contemplemos y experimentemos lo que Dios es! Hoy me acerco a todos vosotros con una fuerza especial, la que da la presencia real de Jesucristo. Aquella que hizo posible María cuando en Belén da rostro humano a Dios. Aquella que se hace presente de un modo singular en el monte Tabor. Hasta ahora hemos contemplado los tres primeros misterios de la luz mediante los que el Señor nos recordó en su bautismo el nuestro propio; nos manifestó su poder en el signo impresionante de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná y nos hizo una llamada a la conversión –es decir, dar una versión nueva a la vida–, y con su predicación quiere entusiasmarnos con su Reino. Hoy, en este misterio que os presento de la Transfiguración del Señor, quiere hacernos ver su gloria. Pero no sólo la suya, sino también la nuestra cuando estamos y vivimos delante de Dios. Las palabras ciertamente son estremecedoras y al mismo tiempo tienen una claridad singular: *«Y se transfiguró delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo... Toma la palabra Pedro y dice a Jesús: Rabbí, bueno es estarnos aquí»*. En la transfiguración se les manifestó la gloria de Dios. Y en y desde aquella gloria vieron y palparon su gloria. Hombres ganados enteramente por Dios *«se formó una nube que les cubrió con su sombra»*, para ganar enteramente al mundo y así formular una salida lógica y sublime de la existencia humana.

Os invito a que sin miedos hagamos la misma experiencia que los primeros, nosotros hoy invitados por Jesús dejemos que nos lleve “aparte, a un monte alto”. Me vais a permitir que hoy, nos dejemos llevar “aparte”, acompañados de María. Todos los que me escucháis y que estoy seguro deseáis vivir en la esperanza, dejaos llevar de la mano de nuestra Madre la Virgen María, que sea Ella la que obtenga de su Hijo, la gracia de conocer el corazón de este misterio de la Transfiguración y comprender cómo Jesús manifestó allí su gloria. ¿Qué sucede en ese monte? *«Se transfiguró delante de ellos»*, es decir, manifestó su gloria. La gloria de Dios es esperanza para todo ser humano. Permitidme decir sin titubeos que hoy falta esperanza. Y se da falta de esperanza cuando arrinconamos a Dios. En una de las cartas que recibo como respuesta a las que escribo a los jóvenes, uno de ellos hace muy pocos días me escribía así: *«falta en nosotros los cristianos la locura del enamorado, la alegría del justo, la esperanza de quien sabe que nada puede fallar porque existen fundamentos. Somos personas en permanente sospecha, sospechosos, y por ello no damos el valor que uno mismo y los demás tienen, nos multiplicamos en palabras y reuniones, mientras disminuye la pasión y el compromiso. ¿Por qué será?»*. La respuesta que le he dado no quiere pecar de simplismo, pero entiendo que la clave fundamental de tal situación está en que hemos perdido perspectiva del hombre, no conocemos su gloria porque desconocemos la gloria de Dios. En esta santa cueva de Covadonga y en presencia de nuestra Madre la Santina, dejemos iluminar nuestras vidas por la gloria de Dios, como lo hicieron quienes tuvieron la gracia de ver al Señor Transfigurado: Pedro, Santiago y Juan.

La gloria de Dios

Metidos de lleno en la Transfiguración, os invito a descubrir nuestra gloria. Más que nunca, es necesaria esta experiencia de la gloria del hombre contemplada, vivida y anunciada desde esa participación en la gloria de Dios. La humanidad necesita vivir esta experiencia. No podemos guardarla para nosotros mismos. Para hacer partícipes a otros de esta gloria del hombre, es necesario que sepamos comunicar nuestra la experiencia desde donde la alcanzamos. En la manifestación de la gloria de Dios, hay una noticia importante que se nos da: que Dios ama a los pecadores, a quienes están desesperados, a quienes viven en la dispersión, a los que están extraviados. En la Transfiguración, descubrimos que Dios quiere contar con nosotros para ser comunicadores de esta gloria y de esta pasión que Él tiene por el hombre. Vivir y entregar de primera mano esta noticia crea esperanza. Y ante esta «buena nueva»

experimentada, algo maravilloso sucede: nos dejamos transfigurar y meter en el ámbito de la gracia.

La Transfiguración en la que se nos muestra la gloria de Dios, tiene muchas expresiones para poder expresarla, es el esplendor de Dios, el desbordamiento de su poder, la riqueza de su gracia, la bondad con la que se expresa en sus acciones con los hombres, la ternura de Dios que invade la historia. Cuando el ser humano se deja invadir por esta gloria, le sobreviene la alegría verdadera y se mantiene en la esperanza cristiana. Y ello, porque Dios se compromete hasta el fondo con cada uno de nosotros, toma sobre sí todo lo nuestro, no pone límites a la manifestación de su amor por cada uno de nosotros. Y es ahí donde percibimos la salvación, la vida y la paz. ¿Por qué tanta atención al ser humano? Es el amor de Dios entregado en gratuidad, insuperable por nadie, que sabe perderlo todo con tal de alcanzar la gloria del hombre.

El imperativo de anunciar a Jesucristo

Cada generación busca, descubre y realiza la condición humana en un nivel, afirmando unas dimensiones, recortando y rechazando explícitamente otras, dejando en la penumbra algunas. El ser humano siempre termina siendo una realidad que, como dice un pensador, *«está al borde, tentada, padeciendo sus límites y queriendo desbordarlos, bien por un intento de asalto a la divinidad, por retrocesos a la animalidad, bien porque no sabe de su origen divino, o porque permanece en la vida sin conciencia de finitud»*. Para cualquier época histórica y para cualquier generación es imprescindible contemplar a Jesucristo. En esta época de cambios fundamentales, de trasmutaciones y tentaciones, de apropiaciones del poder de Dios, es todavía más importante el realizar esta propuesta evangelizadora. Es en Él –el Hombre verdadero por excelencia– a través de quien alcanzamos la gloria. Por eso, anunciar a Jesucristo es cuestión imprescindible, es imperativo, si queremos hacer verdaderamente humano, con humanismo verdadero, al ser humano, para que este mundo permanezca habitable.

Bienvenido sea este tiempo para dar libertad y esperanza a todas las personas, que alcanza su auténtica grandeza en Dios. La gloria de cada hombre está en conocer, vivir y anunciar la gloria de Dios. En tu Transfiguración, transfigúranos Señor, para que con nuestra vida hagamos creíble tu vida y manifestemos tu gloria en acciones concretas de nuestra existencia, donde la entrega, la alegría y la esperanza sean notas distintivas de la canción que hoy, con tu Madre la Santina, queremos interpretar y cuyo título está en el misterio del rosario que contemplamos: la Transfiguración del Señor.

Santina de Covadonga, ruega por nosotros ahora y siempre. Amén

Os bendigo de corazón

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo
